

# Relatos para 'desbanalizar' el mal

JAVIER MARRODÁN  
PERIODISTA

**L**ina Navarro Florido es viuda desde el 2 de enero de 1979, cuando una bomba de ETA colocada en una oficina de la plaza del Castillo de Pamplona acabó con la vida de su marido, el artificiero de la Policía Francisco Berlanga Robles. Lina tenía entonces 24 años y el atentado la sorprendió en Málaga, con sus tres hijos, el mayor de cinco años. Algunos pamploneses veteranos aún recuerdan el estruendo de la explosión y hasta las fotografías que publicó la prensa de una jovencísima viuda abrazada al ataúd de su esposo en la capilla ardiente que se instaló en el Gobierno Civil. Pero prácticamente nadie conoce la epopeya que se puso en marcha en aquel momento: la de una mujer sola frente al mundo que ni siquiera había pasado por la escuela y que se desfondó limpiando casas y escaleras durante años para que sus tres hijos pudieran tener una educación digna y hablasen del asesinato de su padre sin odio ni resentimiento.

En la entrevista que aparece en el primer volumen de 'Relatos de plomo. Historia del terrorismo en Navarra', le preguntan a Lina Navarro por su esposo. «Era el mejor marido, el mejor padre, el mejor amigo –responde–. Lo tenía todo. Si los que pusieron la bomba hubiesen sabido de buena fuente la clase de persona que era Paco, creo que no le habrían quitado la vida».

Y al oírle hablar de él, de cómo se conocieron, de lo buen padre que era y del futuro que soñaban juntos, es fácil concluir que sí, que quizá tenga razón.

Puede parecer ingenuo que alguien capaz de matar fríamente a otros seres humanos acabe cuestionándose su biografía al leer las declaraciones de una de sus víctimas, pero los demás –incluidos por supuesto los periodistas– no podemos dejar de darle argumentos para que lo haga, ni siquiera cuando anuncia que no piensa escucharlos. Los miembros del comando que mató a Paco Berlanga en 1979 fueron detenidos poco después. Se les juzgó, cumplieron las condenas y salieron de la cárcel hace ya años. Una de las terroristas acudió incluso al Parlamento de Navarra en marzo de 2012 para hablar de las condiciones que padecen los «presos vascos» en las cárceles españolas. No parecía muy arrepentida de su pasado. ¿Cambiaría su percepción del presente y la de su propia biografía si conociera con cierto detalle cómo han sido los últimos cuarenta años de la viuda de aquel artificiero al que ella y sus compañeros se llevaron por delante, si supiera que Lina se sigue deteniendo todos los días frente al retrato de su difunto esposo que preside el domicilio malagueño y le dice:

«No sé por qué te tuvo que pasar esto, no te lo merecías».

Quizá en el fondo todo se reduce a aquello de Tertuliano: «Se deja de odiar cuando se deja de ignorar».

El periodista y escritor Tomás Eloy Martínez, refiriéndose a la necesidad de poner nombres y apellidos a los grandes acontecimientos, explicaba lo siguiente: «Cuando leemos que hubo cien mil víctimas en un maremoto de Bangladesh, el dato nos asombra pero no nos conmueve. Si leyéramos, en cambio, la tragedia de una mujer que ha quedado sola en el mundo después del maremoto y siguiéramos paso a paso la historia de sus pérdidas, sabríamos todo lo que hay que saber sobre ese maremoto y todo lo que hay que saber sobre el azar y sobre las desgracias involuntarias y repentinas. Hegel primero, y después Borges, escribieron que la suerte de un hombre resume, en ciertos momentos esenciales, la suerte de todos los hombres».

Con esa premisa, parece claro que el periodismo tiene una responsabilidad. Ahora ya no hay atentados, gracias a Dios, pero queda pendiente la tarea de desbanalizar el mal, por resumirlo con una afortunada expresión de Maite Pagazurruindua. Y mostrar las historias concretas puede ser un camino para que los que cruzaron libre y voluntariamente la línea roja se den cuenta, recapiten y se arrepientan.

Ibon Etxezarreta, miembro del comando de ETA que en julio de 2000 asesinó al exgobernador civil de Guipúzcoa Juan María Jáuregui,

se ha reunido en varias ocasiones a solas con Maixabel Lasa, viuda de Juan Mari. Etxezarreta tiene hoy una perspectiva totalmente distinta de su propia existencia: «Escuchar el testimonio de lo crudo que fue que perdieran a su familia te llega, te pones en la piel del otro, genera empatía –le contó al periodista Pedro Simón–. Por encima del daño generado, algunos somos personas. Y escuchar testimonios te llega. En la cárcel puedes hacer tiempo sin querer plantearte nunca qué has hecho, poner la mente en blanco a piñón fijo. Hablar es necesario. Nosotros podemos pasarnos años y años en la cárcel sin paramos a pensar qué hemos hecho ni quién está detrás de ese dolor. Puedes saber un nombre, pero no sabes nada de esa persona ni de su sufrimiento. Desconoces todo, es más: es que prefieres no verlo».

Desde que ETA anunció el 'alto el fuego' –más por razones estratégicas que morales– se viene hablando de la batalla del relato, del modo en el que se cuenta lo ocurrido en el último medio siglo. Y en esa batalla que sin duda se está librando, las historias concretas de tantos hombres y mujeres puede resultar decisiva: no es lo mismo conocer la teoría, describir el fenómeno, que hacerse cargo de sus consecuencias, del efecto tan devastador y tan perdurable que el terrorismo ha tenido y sigue teniendo en la vida de demasiados ciudadanos españoles.

**Javier Marrodán** es director de la obra 'Relatos de plomo. Historia del terrorismo en Navarra'

## ANTÓN

